

Pica la infancia





Prólogo

El oficio de este libro

*El oficio de este libro
es relatar,
ponerle cuerpo a una historia,
hacer brincar los recuerdos.*

*El oficio de este libro
es atrapar
coleccionar mil destellos,
alumbrar las esperanzas.*

*El oficio de este libro
es admirar,
ver cómo crecen los niños,
susurrarles cosas buenas.*

*El oficio de este libro
es alegrar,
maravillarse escuchando
pequeñas voces de almendra.*

*El oficio de este libro
es disfrutar,
vestir de fiesta la vida
envolverse en miel y abrazos.*

En uno de mis viajes a Montevideo tuve ocasión de visitar el Jardín de AEBU. Vi a los niños, a las maestras y a las psicólogas; vi las clases, los patios, los dibujos, la cocina, los diminutos despachos, la piscina y hasta el último rincón de la escuela. Todo revestido de las palabras, las sonrisas y el entusiasmo

de mis amables guías. A partir de determinado momento, el ambiente se apoderó de mí y me tocó el corazón y la curiosidad, de modo que ya no recuerdo qué me decían la directora ni las personas con las que me fui encontrando.

De lo que sí me acuerdo es de una clase con una gran mesa cuadrada en el centro y con todos los niños de dos años alrededor, dispuestos a cantarle «Que los cumplas feliz» a una de las niñas, que estaba nerviosa y reluciente de emoción. En el aula vecina, los niños jugaban con telas de colores; en otra clase hacían pompas de jabón, entre carcajadas, bromas y olor a limpio. El grupo de tres años escuchaba un cuento en medio de un sentido silencio.

También vi a unos cuantos niños, apenas seis o siete, pintando sus autorretratos con gran concentración. Se miraban al espejo de tanto en tanto y luego continuaban dando color a sus caritas, llenos de ilusión y de esmero. Por la escalera bajaba un grupo cantándole a voz en grito a una especie de dragón que estaba colgado allí, como guardando el territorio. Olía a pan y torta. Olía a niño. Olía a vida.

En 2018 volví a visitar el Jardín, pero esta vez fue para reunirme con el equipo educativo. Querían que comentáramos su deseo de escribir un libro que recogiera su experiencia, trayectoria, trabajo, reflexiones y los pormenores del sueño pedagógico que ponían en práctica día a día. Conversamos sobre los motivos para poner por escrito esa experiencia y recordamos que siempre se escribe con un porqué, un cómo, un para qué y un para quién. Porque, de alguna manera, se escribe buscando compañía, invitando a una mesa, imaginando un interlocutor con el que debatir o compartir. Concluimos que escribir es querer estar con otros, comunicar y comunicarse.

Recuerdo que les pregunté si pensaban que tenían algo para decir a los demás acerca de su tarea. Entonces, como impulsadas por un potente resorte, empezaron a explicar y explicar, a contar y contar, a derramarse... ¡Indudablemente tenían bastantes cosas que decir! No solo había deseo, sino

también abundante material para transmitir en este proyecto. Fue una tarde productiva y agradable, hubo mucha conexión, muchos ojos brillantes, muchas palabras, mucha alegría. Y me sentí como si estuviera en mi propia escuela, incluida en el grupo y pensando junto a ellas.

En esa misma reunión me pidieron que apadrinara el libro que iban a escribir y les dije que sí, porque noté la fuerza de su deseo y eso fue más que suficiente. Parecíamos una pareja hablando de su futuro hijo. Parecíamos amigos planeando un viaje en comandita. Parecíamos unas maestras queriendo relatar la riqueza que se despliega en las aulas y nos hace ser espectadoras privilegiadas del crecimiento de otros.

Ahora ya he leído su obra y se me han confirmado las buenas expectativas. Compruebo que sus deseos han germinado y ha nacido este libro que es dulce y esperanzado, amable y sorprendente, riguroso y serio, respetuoso y reflexivo, tierno y afectuoso.

En su narrativa se van encontrando teorías y prácticas, observaciones y análisis, reflexiones y emociones, éticas y políticas, lo singular y lo plural, lo familiar y lo escolar, los ecos de los niños y de los mayores.

Es un libro colectivo que aparentemente habla con una voz, pero que contiene muchas voces, muchos pensamientos, mucho debate, mucha pasión. Maestras, niños y familias conjugan un modo de hacer escuela, aprender, sentir, escuchar, convivir. ¡Me ha resultado tan emocionante leer: «En AEBU los niños son mirados, queridos y contenidos». Sobre todo porque sé que así es...

Creo que cualquier persona que lea este libro, que recorriendo calurosamente, podrá sentir el cuidado, el miramiento y el cariño hacia los niños que se respiran en esta escuela. También percibirá enseguida la alegría, el juego, el movimiento, la búsqueda de belleza y el encuentro con los demás que se proponen a través actividades creativas y variadas. Y, cómo no, sentirá la sensibilidad y la escucha matizada y atenta del

equipo educativo, siempre presto a captar los momentos significativos y siempre disponible para los niños.

Creo que cualquier persona que lea este libro estará de acuerdo en lo que las autoras dicen: abre las puertas de la escuela a las familias y a todo el que desee saber cómo son, cómo sienten y cómo piensan los niños en sus primeros años.

Creo que cualquier persona que lea este libro podrá admirar y sonreír ante sus preciosos y reveladores textos, como el que paso a copiar para ir abriendo boca: un breve diálogo entre una maestra y su alumno de cuatro años.

— *¿Qué es lo más valioso para vos? —dice la docente.*
— *Lo más valioso soy yo —contesta el niño.*

Muchas gracias, amigas de AEBU, por este libro entrañable y emocionante, que habla de la radiante potencialidad y belleza de las infancias y también de vuestro buen hacer como acompañantes de los crecimientos. Para mí ha sido un gusto y un honor hacer de madrina de este sueño.

Mari Carmen Díez Navarro
Maestra, psicopedagoga y escritora